

Nathan Devers

LOS VÍNCULOS ARTIFICIALES

Traducido por Elia Maqueda

Título original: *Les liens artificiels*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Albin Michel, París, 2022
© de la traducción: Elia Maqueda, 2023
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-162-5
Depósito legal: M. 5.574-2023
Printed in Spain

*Para Heidegger, para Gainsbourg,
para Anäële también.
Para las almas entreabiertas al encanto de la nada*

*Busco otra vida y sueños de verdad,
un espejismo carnal, un semblante auténtico
y apariciones que me abran los ojos.
Quiero que otro mundo eclipse al fin el nuestro.
Amigos o enemigos, sin llegar a conocernos,
todos, allí, estaremos unidos de otra forma.*

*Tenemos que borrar la presencia de las cosas,
construir un universo más ligero que el éxtasis
donde navegaremos por una red de imágenes.
Superaremos entonces los abismos del hombre,
esas dos plagas oscuras: el silencio y el tedio,
que pautan nuestras esperanzas, aperturas recíprocas.*

*El mundo es agotador porque existe mal.
Todo en él forma un embrollo de sufrimiento.
Está maldito con un hueco imposible de llenar.
No pedimos nada, solo un más allá.
Y nos levantaremos al alba que se acerca
bella por las ascensiones que ya se preparan.*

*Espero que los humanos encuentren la armonía,
que superemos el yugo del nacimiento.
A la deriva sobre las ondas ideales y al cielo,
deslumbrados por el reflejo de las cosas desaparecidas,
suspendidos en el tiempo o flotando en el éter,
no tendremos cuerpo y respiraremos mejor.*

*Vamos a elevar nuestra alma ahogada.
En un jardín del futuro se prepara un zénit,
una era donde se cumplirán nuestros sueños de ayer,
un paraíso que nace a la sombra del vacío.
No es un juramento, es una certeza:
construiremos la humanidad del porvenir.*

*Hay un credo que el mundo necesita.
Una simple idea que quiere eclosionar,
un mensaje tan puro que prende fuego.
Os leo el libro aquí, casi apagado y sin voz:
«Solo vivimos juntos si estamos separados:
juntos y separados; separados, pero juntos».*

Condiciones de uso del Antimundo

El 7 de noviembre de 2022, un nuevo perfil apareció en Facebook con el nombre de «Julien Libérat bis». Como era de esperar, este hecho suscitó la más absoluta indiferencia. Pero Julien Libérat no perdió el tiempo. A modo de primer post, publicó una captura de pantalla: un recuadro negro con un texto. Las frases eran sencillas y las letras, de color violeta. Al día siguiente, decía, se grabaría en directo haciendo un «gesto simbólico». Como si dudara del interés que pudieran inspirar estas líneas, añadió: «Quienes presencien ese momento, lo recordarán toda la vida». Les envió el enlace a sus amigos y luego, cuando hubo agotado la lista de sus conocidos, a más perfiles seleccionados al azar. Había una opción de pago que le permitiría aumentar rápido la visibilidad de su página, que era su única urgencia, y Julien invirtió para este fin sus últimos ahorros.

El boca a boca y la publicidad funcionaron. En torno a la medianoche, su anuncio contaba ya con cientos de likes. Pero ¿le estarían tomando en serio? La pregunta no se formuló. Hubo, por supuesto, una avalancha de comentarios jocosos que, por decenas, se mofaban con inquina del tono estudiado, falsamente misterioso, de aquella declaración; pero ¿qué mejor publicidad que aquella? Los socarrones se arremolinaban como moscas en su perfil de Facebook. Le daban visibilidad

sin querer. Después de todo, aquel tipo de ironía viperina era una forma como otra cualquiera de disimular un regusto de curiosidad, de voyerismo, de incertidumbre: ¿y si aquel desconocido tenía de verdad agallas?; ¿y si se disponía a hacer algo sensacional? Un ligero aroma a intriga empezaba a propagarse. Si la gente se burlaba era porque se moría de ganas de que le iluminaran el corazón. La situación, en resumen, se desarrollaba exactamente como Julien había imaginado. Todo estaba listo, el engranaje se pondría en marcha sin la ayuda de nadie. Bastaría con guardar silencio y activar el modo avión llegado el momento. Seguro de su decisión, apagó el teléfono y se fue a la cama.

El vídeo empezó con unos minutos de retraso. Mal encuadrado. Primero se vieron las fosas nasales de Julien, dos pequeños cráteres donde se multiplicaban pelos solitarios; luego su frente pixelada, una oreja imprecisa, algunos mechones de pelo rebeldes, un ángulo de su mentón. El teléfono se movía demasiado deprisa, la imagen no era nítida. Julien consiguió al fin calibrar el objetivo y se tomó el tiempo de buscar el mejor encuadre. Entonces apareció su busto completo. Inmóvil, miró a cámara con insolencia, confiriéndole al vídeo el aspecto de una fotografía. En Facebook, los comentarios desfilaban por la parte inferior de la pantalla. A su manera, los haters describían su fisonomía: «xq no se mueve el pavo? parece una estatua, da yuyu!»; «mira que he visto caras de culo, pero, joder, tú tienes la jeta de un Teletubbie escacharra!» . Los internautas no se equivocaban. Julien tenía una cara extraña, casi indescifrable. Parecía un cadáver exquisito, una figura modelada entre varias manos negligentes y crueles. Manos entrecruzadas que, como si cada una quisiera dar vida a un hombre distinto, se hubiesen peleado sin fin para

diseñar a Julien y cada una hubiese pintado sobre el esbozo de sus rivales y hubiese tenido que volver a empezar de cero hasta engendrar, entre todas, una especie de milhojas abominable. La cabeza de Julien no era fea: era imposible. Se superponían un rostro ideal y una cara de desesperado. Un rostro contra una cara, una cara contra un rostro, que parecían calcadas la una de la otra para librar, en vano, una guerra de usura.

Durante un rato largo, permaneció inmóvil. En silencio, desafiaba al objetivo y contaba su vida con los ojos. Parecía que estuviera intentando extraer su cara, desvestir al mismo tiempo su rostro y reconciliarlos de una vez por todas. Su público se impacientaba: «venga a ver esa exclusiva!»; «qué va a hacer este gilipollas?»; «eh, peña, imaginaos que se suicida jaja»; «hostia el tío tiene la mirada radiactiva, se ve q tiene el cerebro lleno de mierda». Algunos empezaban a desconectarse: «estos imbéciles siempre con sus clickbaits en fb, los hay a patadas, adiós tontos».

Por parte de Julien, todo transcurría en una atmósfera de calma, de un modo casi apaciguado. Despacio, se subió a una mesa, abrió la ventana y se encaramó al alféizar. Los internautas estaban divididos: «mierda, hay que llamar a una ambulancia, rápido!!», «no lo hagas, x favor», gritaban unos, mientras que otros exclamaban: «el Teletubbie se cree que es una paloma», «qué coño hace está chalado», «venga, tío, a ver cómo vuelas!».

Fuera llovía y Julien no sentía ningún vértigo. El cielo lechoso descargaba una luz gris, pesada. El aguacero era violento. Dibujaba líneas verticales que ataban las nubes al suelo, como arpones tensos en el día y amarrados al vacío. Era difícil creer que el agua circulaba por aquellas líneas. Ante sí, el bulevar era ancho, los coches rodaban entre los castaños. Julien aferró el teléfono. Sus ojos, muy abiertos, revelaban una paz inviolable y profunda. Solo quedaba encontrar la uni-

dad. La lluvia se intensificó y él cayó con ella. En aquel preciso instante, Julien no se suicidaba; era una gota de agua que se colaba entre las demás.

Llovía, pues, y la vida también llueve. Capitula antes de empezar. Su trayectoria es sorda, su movimiento no le pertenece. Parte de ninguna parte y termina exactamente en el mismo punto donde empezó, salvo que entretanto ha perdido toda su altura. Arrastrada por su propio peso, no es más que una velocidad terca precipitada hacia el vacío. Lo peor es que no puede decidir el trayecto que va a recorrer: todo está escrito de antemano, tiene que dejarse llevar por el viento, por las fuerzas circundantes y por las potencias hostiles. La gota cae rígida, sin desviarse ni un instante de su línea, sin permitirse bailar, huir, ser libre. Mengua, desciende, pero no se desplaza. El tiempo pasa y la derrota aumenta. Entonces el rumbo se pierde por completo, llega la gran voltereta.

El suelo se acercaba y, en el vídeo, los comentarios abundaban. Los insultos habían cesado, sustituidos por expresiones de horror. «Joder, no podemos quedarnos aquí sin hacer nada», «¡ayudadlo!», «pobre», «q horror omg». Todas estas frasecitas inútiles e idiotas no iban a ayudarlo a volver a subir a la ventana. Se escribían en vano, acompañaban a Julien en su caída, tapizaban el trozo de asfalto donde se estrellaría su cuerpo. En un instante, habría acabado con su cráneo. Estallaría bajo el gris del cielo. El cerebro chorrearía con la lentitud de un queso cremoso. Alrededor del cuerpo desbaratado, un charco de sangre dibujaría una torpe aureola. Entre el taller de Citroën y el centro Raymond-Devos, entre los excrementos de las palomas y las colillas aplastadas, se regalaría una muerte de Cristo, ridícula y sublime, invisible y gloriosa.

No era la primera vez que alguien se suicidaba en directo en las redes sociales. La verdad es que en internet nadie era nunca el primero en nada. Todo lo había hecho alguien antes. La defenestración filmada era ya todo un género en sí mismo cuando Julien la puso en práctica, con sus códigos y sus lugares comunes. Había habido numerosos precedentes, en Periscope, en YouTube e incluso en Instagram. En todos los casos, la plataformas acababan bloqueando el acceso a los vídeos en cuestión para evitar herir la sensibilidad de los usuarios.

El acto de Julien no tenía, pues, nada de particular ni de original. En los días posteriores, se publicó en los medios que un joven profesor de piano se había quitado la vida ante los ojos atónitos de un centenar de personas. Su exempresa, el Instituto de Música a Domicilio, publicó un comunicado en homenaje a aquel hombre que había impartido clases allí durante más de siete años, un buen tipo, con valores, apasionado por su trabajo, aunque misteriosamente ausente en los últimos meses. Se publicaron artículos en las redes sociales y los lectores expresaron su tristeza a golpe de emojis apenados. En la televisión, los comentaristas analizaron aquel suceso concreto como un síntoma del nihilismo reinante. ¿De verdad era normal, se preguntaban con estupefacción, que la juventud se suicidara en modo selfi? ¿No era acaso inadmisiblemente, e incluso alucinante, que los internautas cayeran en el discurso del odio ante un espectáculo así? ¿Por qué aquellos cobardes se escondían detrás de un pseudónimo? ¿Qué hacían los administradores de Facebook para evitar aquel tipo de desgracias? En fin, ¿en qué clase de mundo desquiciado vivíamos? ¿Estábamos abocados a la perdición?

Con el paso de las semanas, los meses, los años, a largo plazo, como se suele decir, fueron surgiendo preguntas más precisas que sacaron a relucir los elementos que no cuadraban en aquel asunto. ¿Por qué Julien guardó silencio de principio a fin

del vídeo? Si su intención era exhibir su suicidio, ¿no habría debido, con toda lógica, explicarle los motivos a su «público»? Pero no, no justificó nada, no dio ninguna clave a quienes asistían al acontecimiento, ni la menor pista, ni siquiera un mínimo indicio para comprender lo que quiera que fuese. Aquella muerte silenciosa, aquel salto ejecutado con una mezcla de frialdad e inspiración, la indiferencia del futuro difunto ante las burlas, su cara de condenado seguro, de sacrificado impasible, todo tenía el aspecto de una puesta en escena macabra. El acto parecía a la vez cuidadosamente calculado e improvisado en el último momento. Como en una especie de performance abstracta o de llamada de atención codificada. Ninguna carta de despedida, solo aquella captura de pantalla donde definía su defenestración como un «gesto simbólico»... ¿Dónde estaba el símbolo en todo aquello? Y, sobre todo, ¿por qué aquella mirada desafiante a cámara? ¿Por qué aquel rostro en paz, desprovisto de angustia, casi feliz en el instante de arrojar al vacío?

Poco a poco, la verdad empezó a hacer su trabajo a base de intuiciones provisorias y balbuceos. Obstinada en la duda, partió en busca de jirones de hipótesis. A merced del azar, a veces de la perseverancia, encontró en su camino certezas ínfimas, sutiles como astillas, que llevaban en ocasiones a otras hipótesis. Había que armarse de paciencia para recoger aquellas migajas de explicaciones, piezas rudimentarias de un rompecabezas desconocido, con la esperanza de que encajaran por fin. A medida que avanzaba aquella tarea ingrata, se yuxtaponían con un rigor creciente, cada vez más numerosas, cada vez más valiosas. A su ritmo, la historia de Julien se dejó exhumar. Emergió de sus profundidades, naufragada del olvido donde estaba previsto que zozobraría por toda la eternidad. De forma progresiva, remontó a la superficie, susceptible de ser rastreada casi como la había vivido Julien. Al final, aquel suceso particular encontró de nuevo la luz, su luz, la de un acontecimiento.